

Cátedra José Joaquín Brunner · Economía Política de la Educación, la Cultura y la Comunicación

Doctorado en Comunicación UFRO–UACH · Inauguración del año académico 2025

El lugar de la universidad en la comunicación de aprendizajes y conocimientos

Conferencia de José Joaquín Brunner

Nota introductoria

Esta conferencia inaugura el año académico 2025 del Doctorado en Comunicación UFRO–UACH y constituye una pieza central de la cátedra que lleva el nombre de José Joaquín Brunner, dedicada a la economía política de la educación, la cultura y la comunicación. Su relevancia para el programa es doble. Por una parte, ofrece un marco teórico riguroso —deudor de Weber, Bourdieu, Luhmann y la sociología contemporánea de los campos— para pensar la universidad no como simple institución administrativa, sino como un denso sistema de comunicación organizado en torno al conocimiento avanzado. Por otra, sitúa al doctorando ante las tensiones que definen su propio oficio: la codificación de la escritura académica, la irrupción de la inteligencia artificial, el peso del Estado evaluador y los desafíos de la vinculación con el medio. La exposición traza una cartografía de los flujos comunicativos internos y externos de la universidad, y enlaza el origen medieval de la institución con sus dilemas presentes. Para un programa que forma investigadores en comunicación, este mapa ofrece a la vez un fundamento conceptual y una agenda de problemas por investigar.

Yeni Adán. ¹Buenos días. Damos la bienvenida a todas y todos los presentes que nos acompañan en esta actividad de inauguración del año académico de nuestro doctorado en comunicación de la Universidad de La Frontera, en conjunto con la Universidad Austral de Chile. Saludamos en especial al decano de la Facultad de Educación, Ciencias Sociales y Humanidades, doctor Luis Nitrihual; a la directora de calidad, Dora Mayoral Morales; al director de la carrera de periodismo, doctor Eduardo Gallegos; al director del doctorado en Ciencias Odontológicas, doctor Ramón Fuentes; y al presidente de la Asociación Gremial de Académicos, Edgardo Parra.

El doctorado cuenta actualmente con cinco convenios de doble graduación vigentes: con la Universidad de Groninga, en los Países Bajos; la Universidad La Sapienza de Roma, en Italia; la Universidad de Sevilla, en España; la Universidad Javeriana de Colombia; y la Universidad de Alicante. En proceso de firma se encuentran otros tres convenios, con la Universidad París 8 de Francia, la Universidad de Vigo en España y la Universidad Mohammed V de Rabat, en Marruecos. Diversos estudiantes han realizado

¹Yeni Adán, doctora (c) del programa doctoral UFRO-UACH, estuvo a cargo de la presentación del expositor y de la apertura institucional de la actividad.

estancias en universidades como la Federal de Río de Janeiro, en Brasil, y la Babeş-Bolyai, en Rumania, y este semestre se proyectan estancias en la Universidad de Buenos Aires, la Universidad de Quilmes y la Universidad Estatal Paulista de São Paulo.

Entre sus actividades de vinculación, el doctorado mantiene convenios de colaboración con la Corte de Apelaciones de Temuco, la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena y el Ministerio Secretaría General de Gobierno, además de asesorías comunicacionales a la Contraloría General de la República y a los ministerios de Salud y de Educación. El programa cuenta con su segunda acreditación, por cuatro años, hasta marzo de 2028.

La primera vinculación del doctor José Joaquín Brunner con el desarrollo de la comunicación en la Universidad de La Frontera se remonta a 2001, cuando aceptó impartir una conferencia en Pucón sobre el periodismo y los desafíos digitales. Que más de veinte años después aceptara crear la cátedra de Economía Política de la Educación, la Comunicación y la Cultura del doctorado, que lleva su nombre, tiene para nuestra institución un valor aún mayor. El profesor Brunner es sociólogo, doctor por la Universidad de Leiden y con estudios de posgrado en la Universidad de Oxford. Es profesor emérito de la Universidad Diego Portales e investigador del Instituto de Alta Investigación de la Universidad de Tarapacá. Dirige la cátedra UNESCO de políticas comparadas de educación superior. Fue ministro secretario general de Gobierno entre 1994 y 1998, presidente del Consejo Nacional de Televisión y autor o coautor de más de cincuenta libros. Sus áreas de interés son el análisis comparado de los sistemas de educación superior, el análisis cultural y del campo intelectual y la gobernanza de las universidades en América Latina.

En el marco de la inauguración del año académico 2025 del doctorado, compartirá con nosotros la conferencia «El lugar de la universidad en la comunicación de aprendizajes y conocimientos». Le cedo la palabra.

La universidad como lugar de comunicaciones

José Joaquín Brunner. Muy buenos días a las autoridades, colegas y estudiantes del doctorado. Es un honor participar en esta inauguración del año académico del doctorado en comunicación. Yo mismo dirijo un programa de doctorado en educación superior en la Universidad Diego Portales, y sé lo interesante e importante que es retomar cada año las actividades de las tesis y de los estudios.

Lo que quisiera explorar en esta ocasión es pensar la universidad como un lugar de comunicaciones, y mirarla estrictamente desde ese punto de vista. Parece algo muy natural de hacer; sin embargo, cuando definí este enfoque para la conferencia, advertí que no hay tanta literatura sobre la universidad entendida como centro de comunicaciones. Lo que propongo es una suerte de cartografía, un mapa de los flujos de comunicación, tanto dentro de la universidad como entre la universidad y su entorno.

Esto tiene una tradición que ustedes reconocerán de inmediato en la sociología. Está la idea de Weber, que hablaba de distintas «esferas de valor», campos o zonas de la sociedad, cada una con su propia lógica interna, sus códigos y sus lenguajes, que identifican a un grupo de personas dentro de un marco determinado, en este caso el de la educación superior.

Esa misma tradición está luego en una literatura que quienes trabajamos en sociología seguimos, la de Bourdieu, que habla de los distintos campos: el artístico, el intelectual, el científico, el de la política. También Luhmann tiene esta idea de sistemas y subsistemas, cada cual relativamente identificado en torno a ciertas lógicas internas de producción de sí mismo. Más recientemente, hay alguien que me interesa mucho, Fligstein, un sociólogo estadounidense que parte de Weber y de Bourdieu, pero que ha desarrollado una teoría mucho más dinámica y menos estructural de los campos. Y en la educación superior está Ronald Barnett, sociólogo y filósofo inglés de la educación, que ha estado varias veces en Chile y habla de la «universidad ecológica»: la universidad como ecosistema en relación con los demás ecosistemas relevantes de la sociedad.²³⁴⁵

Todo este enfoque tiene un punto central: la propia organización del campo de la educación superior, y en particular de esa organización que es la universidad, la cual genera desde sí misma un universo completamente identificable. Por maleables que sean sus fronteras, no cabe duda de que se puede hablar de la universidad como un conjunto de procesos de comunicación que ocurren en torno al conocimiento más avanzado de cada época. Eso permite hablar de la educación superior a lo largo de la historia: desde antes de nuestra era hasta hoy, en toda sociedad hay un sistema que trabaja, transmite y produce, bajo distintas modalidades, el conocimiento más avanzado de su tiempo. Y eso no es otra cosa que comunicación, en torno además a algo intangible, el conocimiento avanzado, organizado en comunidades epistémicas o disciplinarias que lo generan, lo transmiten y lo diseminan.

Las funciones del conocimiento: socialización, cualificación y subjetivación

Si uno lo mira desde el punto de vista más general de la educación, y no solo de la superior, distingue con claridad que lo más propio de su organización es la comunicación pedagógica del conocimiento. Históricamente se cumplen tres grandes funciones. La primera es la «socialización»: introducir a las nuevas generaciones, de una cohorte a la siguiente, en una cultura del conocimiento, en unas creencias,

²Pierre Bourdieu (1930-2002), sociólogo francés, desarrolló la teoría de los «campos» (champs): espacios sociales relativamente autónomos —el campo artístico, el intelectual, el científico, el político— estructurados por la posesión de capitales específicos y por las luchas internas por la posición dominante.

³Niklas Luhmann (1927-1998), sociólogo alemán, elaboró una teoría de la sociedad como conjunto de sistemas y subsistemas funcionalmente diferenciados (el derecho, la economía, la ciencia, la educación), cada uno operativamente cerrado y autorreferencial, esto es, productor de sus propios elementos (autopoiesis).

⁴Neil Fligstein, sociólogo estadounidense (Universidad de California, Berkeley), propuso junto a Doug McAdam la teoría de los «campos de acción estratégica» (A Theory of Fields, Oxford University Press, 2012), que retoma a Weber y Bourdieu pero ofrece una visión más dinámica y menos estructural, atenta a la emergencia, la estabilidad y la transformación de los campos.

⁵Ronald Barnett, filósofo británico de la educación superior, ha propuesto la noción de «universidad ecológica»: la universidad entendida como un ecosistema en interdependencia con otros ecosistemas sociales relevantes (el conocimiento, el aprendizaje, la economía, la política, la cultura, el entorno natural y digital).

unas visiones de mundo y unos comportamientos. Lo que atribuimos primero a la familia, y luego a la educación primaria y secundaria, ocurre también en la universidad: preparamos a nuestros alumnos, incluido el doctorado, para ser parte de una comunidad de expertos en alguna de las decenas de disciplinas que enseña la institución.

La segunda función es la «cualificación», que es central en la universidad. A veces se dice que es algo moderno, propio del capitalismo, o incluso ligado al peso de las políticas neoliberales. Pero la verdad es que el acto de cualificar es inseparable del origen mismo de las universidades. La universidad nace, en el siglo X, para preparar gente en teología, en medicina, en derecho civil y canónico y en las artes liberales, el «trivium» y el «quadrivium». Desde el primer momento cualifica a las personas para determinadas posiciones y les otorga grados. Las tres grandes facultades eran teología, derecho y medicina; la cuarta, llamada «facultad inferior» porque preparaba para las otras tres, era la de artes liberales, lo que hoy llamaríamos humanidades.

La tercera función es la «subjetivación», terminología que proviene de un filósofo de la educación hoy muy en boga, Biesta. Es aquella que prepara a las personas para desarrollarse cada una como individuo y como agente en la sociedad. Tiene que ver, en la sociedad moderna, con el desarrollo de la autonomía de cada persona y la asunción de sus derechos y responsabilidades, lo que en la tradición de comienzos del siglo pasado se llamaba el «desarrollo del carácter», y hoy abordamos en términos de los distintos tipos de inteligencia y del desarrollo más completo posible de las personas. Si ustedes leen los programas de los candidatos presidenciales de los próximos meses, todos hablarán, en alguna parte, del desarrollo integral de la persona como responsabilidad de la educación. Eso pertenece a esta tercera función.

Docencia, investigación y extensión

La universidad, además, ya desde el comienzo, pero mucho más claramente con la primera revolución científica del siglo XVI, se impone otra tarea que hoy consideramos esencial: además de transmitir el conocimiento más avanzado, participar en su producción. Esa es la función de investigación. Es lo que hacen los doctorados, que son estrictamente una inducción al mundo de la producción metódica y sistemática del conocimiento más avanzado, sea en comunicaciones, en educación, en las ingenierías o en las ciencias básicas. Estamos, pues, ante el núcleo de la universidad como comunicación en torno al conocimiento avanzado, en dos grandes planos: la docencia y la investigación. Podríamos añadir un tercero, que históricamente llamábamos «extensión»: ese conocimiento que crece dentro de la institución y que se difunde más allá de sus fronteras, hacia la sociedad civil.

Es muy interesante observar que se trata de una comunicación altamente codificada. En la docencia, la comunicación es comunicación pedagógica, con siglos de tradición didáctica detrás: cómo se enseña a pensar en cada disciplina, cómo se socializa en un mundo cultural propio. Hay un famoso antropólogo y sociólogo del campo en que trabajo, el estudio de la educación superior, llamado Tony Becher, que

escribió en los años ochenta un libro célebre, «Las tribus académicas». Estudió a los grupos académicos de las distintas disciplinas como tribus, con sus dioses, sus ritos, sus ídolos, su lenguaje y sus batallas por mantener la cohesión del grupo. Todo eso forma parte de la comunicación interna por la cual la universidad se produce y se reproduce a sí misma.⁶

La investigación es también, sin duda, una función de comunicación, pero sometida a reglas muy estrictas. Cuando digo que soy investigador del Instituto de Alta Investigación de la Universidad de Tarapacá, eso significa que me sujeto a un conjunto extraordinariamente estricto de reglas sobre cómo producir el conocimiento en mi campo y cómo comunicarlo: a través de cierto tipo de revistas, idealmente las indexadas en una de las dos grandes bases, Web of Science o Scopus, aunque también, con una ponderación menor, en revistas SciELO, latinoamericanas. Hay un mundo de la comunicación de los productos de investigación que es extraordinariamente organizado y codificado. Por algo en los doctorados ofrecemos un curso de escritura académica: reconocemos que hay una manera específica de escribir.⁷

Y ahora estamos algo sobrecogidos, porque la inteligencia artificial está escribiendo artículos académicos a una velocidad mil veces superior y con una calidad probablemente muy similar, sobre todo a medida que avanzan las versiones de estas herramientas. Si uno le pide un artículo sobre la universidad como sistema de comunicación, en no más de tres mil palabras y con ciertos parámetros, lo entrega en veinte minutos, con sus referencias incluidas. ¿Por qué puede hacerlo? Porque las comunidades epistémicas de las que vivimos dentro de la universidad han desarrollado esta forma codificada de comunicar nuestros descubrimientos, nuestras reflexiones e incluso nuestra crítica. A veces se piensa que el crítico está fuera de todo esto, pero el crítico forma parte de un género de escritura que es también producción institucionalizada y reglada, lo que hace que la universidad sea reconocible en cualquier parte. A mí me da un poco de vergüenza, lo confieso, esas largas biografías previas a las presentaciones. Uno entra a un edificio en Taskent y le dicen «esta es la Universidad de Uzbekistán», y conversa con el rector y los decanos, y reconoce todo, porque tiene mil años de tradición interna compartida.

Los ecosistemas externos: del conocimiento al aprendizaje

La gran cuestión, entonces, es cómo esta interioridad tan fuerte, tan capaz de reproducirse con sus propias reglas comunicacionales, se comunica con un conjunto de campos o ecosistemas externos relevantes para lo que hace la universidad. Siguiendo a Barnett y a otros, podemos nombrar varios: el ecosistema del conocimiento, el del aprendizaje, el de las instituciones sociales, la economía, la política,

⁶Tony Becher, sociólogo británico de la educación superior, es autor de «Academic Tribes and Territories» (Las tribus y los territorios académicos, 1989), estudio que analiza las disciplinas como culturas o «tribus» con sus propios lenguajes, ritos, jerarquías y mecanismos de cohesión.

⁷«Web of Science» y «Scopus» son las dos grandes bases de datos bibliográficas internacionales que indexan revistas científicas y miden el impacto de las publicaciones. «SciELO» (Scientific Electronic Library Online) es una biblioteca de revistas latinoamericanas y de otras regiones, con menor ponderación en los rankings dominantes.

la cultura, y hoy el entorno digital y el natural. La lógica del análisis es entender, en cada caso, cómo opera la comunicación en ambos sentidos, como un conjunto de flujos diversos entre el ecosistema universitario y los demás.

La universidad, como ecosistema de conocimiento interno, se conecta con un ecosistema de conocimiento externo más difuso, menos codificado, en permanente movimiento, porque en la modernidad la universidad ya no detenta el monopolio del conocimiento avanzado que alguna vez pareció tener. Para mis estudios recurro a los buscadores de Scopus o de Web of Science, pero inevitablemente debo mirar también lo que los académicos llamamos «literatura gris»: los documentos que los gobiernos producen al enunciar políticas, o la propia legislación. Yo no podría trabajar si no estudio la reforma legislativa de 2018 y las nuevas lógicas que introdujo en el sistema de educación superior. Y uno mira, además, los medios de comunicación, con sus crónicas, su opinión y sus investigaciones periodísticas, que son otra fuente con la que interactuamos permanentemente.

Hay que decir, además, que este entorno del conocimiento está cruzado por fenómenos de distribución de poder. Hay poder en las teorías que usamos. No es casualidad que, cuando hablamos de teoría en las ciencias humanas, el noventa por ciento sean referentes internacionales, y un porcentaje altísimo provenga de universidades del norte. No digo que sea exclusivo, ni positivo ni negativo: es un hecho de cómo está organizado el entorno global del conocimiento, jerárquicamente, desde el centro hacia las periferias, desde el norte hacia el sur, desde el inglés hacia nuestras lenguas.

Luego está el ecosistema del aprendizaje, presente hoy en todas las discusiones. La experiencia internacional nos dice que hay procesos que están redefiniendo por completo lo que la universidad hace desde hace mil años: formar gente especializada, presencialmente, en salas de clase. Hoy el fenómeno central es el aprendizaje a lo largo de la vida, la educación permanente. Eso redefine el pregrado, las maestrías y los doctorados, porque lo que se llamaba educación superior, lo más alto del conocimiento avanzado, pasa a ser apenas una parte inicial de un proceso que dura toda la vida. Aparecen múltiples modalidades, y en el fondo todas apelan a la relación entre tiempo y conocimiento: cuánto tiempo se requiere para enseñar y aprender determinados saberes y habilidades.

Nuestra reacción espontánea es responder «unos cinco años después de los doce de educación obligatoria». Pero, ¿de dónde viene eso? Tiene una explicación basada en la biología y en la psicología del desarrollo, pero también en que, hasta el siglo XIX y buena parte del XX, el conocimiento era escaso, el tiempo de los jóvenes era amplísimo y las mecánicas de transmisión eran lentas, con el pizarrón y la presencialidad. Hoy hablamos cada vez menos de un currículum secuencial y más de módulos, de instancias de aprendizaje que pueden ser largas o muy cortas, e incluso de «nanocertificados»: unidades que se adquieren en veinticuatro horas. Y puede que muchas empresas prefieran mirar cuántos nanocertificados tiene una persona, y de qué tipo, antes que un título tradicional, que un día fue escaso y hoy posee casi todo el grupo de edad entre los dieciocho y los veintinueve años.

La recodificación de lo externo

Aquí está el argumento de fondo, la gran cuestión a explorar, que no resolveremos hoy pero que habría que abordar metódicamente: cómo recodificamos, dentro del sistema de comunicación interno de la universidad, es decir, curricularmente y en las técnicas de producción y comunicación del conocimiento, todo esto que viene de fuera. En eso consiste ser una organización cuyo sistema de comunicaciones está funcionalmente atado a la pedagogía y a la producción científica. Y lo que hoy viene de fuera es, según algunos, una especie de tsunami; según otros, en cualquier caso una marea amplísima, intelectual, cultural, valórica, conceptual y tecnológica, que nos obliga a recodificarlo todo en términos de nuestras prácticas casi milenarias.

Lo resumo en un término: «vinculación con el medio». Hablamos de vinculación con el medio porque abandonamos la idea de la extensión, esa imagen de la universidad como una luz que debía proyectarse hacia afuera. Decimos ahora que hay un entorno de organizaciones sociales de muy distinto tipo, depositarias de necesidades, demandas, prácticas, conocimientos y tradiciones, con las que la universidad debe interactuar. Y hay una instancia burocrática que nos dice que esa interacción debe ser bidireccional: que lo que se haga fuera debe pesar en la docencia y en la investigación. Es lo que los americanos llaman la «tercera misión», o responsabilidad social de las universidades, y que en América Latina y Chile llamamos «vinculación con el medio».

Con la economía no necesito extenderme, porque es la parte más usual de nuestros debates. La universidad, sistema relativamente cerrado en torno a sus propias codificaciones, entra en interacción con los mercados, las empresas y el sistema productivo, y queda envuelta en sus dinámicas. Como decía Weber, los mercados, como sistema de coordinación expresado en precios, tienen una enorme capacidad de penetrar en todos los demás campos. Decía que, para cualquier sistema, desde la familia hasta la política, los mercados son una tentación permanente. Y un discípulo lejano de Weber, Habermas, tiene toda una teoría sobre cómo los mercados colonizan la política, las religiones y las universidades, penetrando con sus lógicas competitivas, de intercambio y de precios, en sistemas que tienen sus propios cierres.⁸

El Estado evaluador, lo digital y lo natural

Algo parecido ocurre con la política, y dentro de ella, con el Estado. La relación más fuerte se da hoy con el llamado «Estado evaluador» del siglo XXI. El Estado ha asumido una capacidad que nunca tuvo: no intervenir directamente la universidad, como hizo la dictadura, sino, desde fuera y a distancia, meterse delicadamente en lo más interno de su sistema de comunicación para decirle cómo debe cumplir ciertos estándares. Esta es una verdadera revolución de la que a veces no nos damos bien

⁸Jürgen Habermas, filósofo y sociólogo alemán, heredero de la Escuela de Fráncfort, formuló la tesis de la «colonización del mundo de la vida»: la penetración de las lógicas sistémicas del dinero (mercado) y del poder (administración) en las esferas de la comunicación y la reproducción cultural de la sociedad.

cuenta. Que el Estado intervenga brutalmente, que cancele, que haga lo que hoy hace Trump en Estados Unidos, es grave, pero conocido en la historia. Esto otro es completamente nuevo: que se determine el trabajo en lo más íntimo de su funcionamiento. A mí, como investigador, me determinan fuertemente los estándares y las políticas de la agencia de calidad. Hoy, en cualquier universidad que uno visite, desde Arica hasta Magallanes, la primera conversación es sobre la acreditación: que se preparen para ella, que vienen saliendo, que están asustados o que recurren su resultado ante el Consejo Nacional de Educación.

Luego está el entorno digital, sobre el que no necesito extenderme, porque lo vivimos todos los días y es transversal a nuestros mecanismos internos. No sabemos bien qué hacer con el estudiante de doctorado que presenta un informe hecho con el acompañamiento de la inteligencia artificial, sobre todo cuando sus tutores usamos esa misma herramienta intensivamente. Lo más que podemos decirle es que no se avergüence, que lo señale en alguna parte de su ensayo y explique en qué consistió su trabajo con ella. Esto ya es parte de la nueva realidad comunicacional interna de la universidad. La membrana que separa lo externo de lo interno se vuelve muy porosa, porque las propias universidades han contribuido a crear ese entorno: muchos directivos e investigadores de las empresas de inteligencia artificial se formaron en sus aulas, en Stanford o en Silicon Valley. De ahí surge un entorno nuevo, que va desde internet y los teléfonos inteligentes hasta la inteligencia artificial, y que la universidad debe afrontar en sus vinculaciones.

Y, finalmente, está la naturaleza. Siempre hemos vivido rodeados de ella. Recuerdo esa frase maravillosa de Alfonso X el Sabio, en Las Siete Partidas, donde define la universidad como el ayuntamiento de maestros y estudiantes reunidos para enseñar y aprender, y, acto seguido, precisa dónde debía emplazarse: en una villa de aire transparente, con tabernas cercanas, porque los estudiantes necesitan sus momentos de descanso. Hay ahí una mezcla de lo físico y lo simbólico. La universidad estudiaba la naturaleza y desarrollaba sus áreas de ciencia y tecnología, pero hoy está llamada a asumir otro fenómeno: la naturaleza sustentable, planetaria. La parte donde más se ve esa nueva relación es cómo nos hacemos parte de la sustentabilidad a través de los «Objetivos de Desarrollo Sostenible». Nuestras universidades están siendo medidas por rankings internacionales según su presencia en cada uno de los diecisiete objetivos, no solo en el cuarto, el de la educación. Junto a él están los océanos, la pobreza, la producción limpia. Y uno ve cómo nos vamos apropiando de esto: en los planes de desarrollo estratégico y en el aseguramiento interno de la calidad hay ya toda una discusión sobre dónde está la sustentabilidad en el currículum de cada carrera.

Y ahí estamos, otra vez, haciendo el ejercicio típico de los siglos: tomar cosas que están fuera de nuestro ecosistema interno, incorporarlas y, desde esa incorporación, influir sobre el ecosistema externo. Esa era la idea: mostrar un cierto mapa de flujos de comunicación múltiples, que además podríamos especular cómo se entrecruzan, interna y externamente, cómo cambian según los ciclos políticos, las épocas y las coyunturas. Uno podría rearmar así una discusión en torno a la universidad

como un centro complejísimo de comunicaciones, en permanente interacción con los ecosistemas relevantes de su entorno. Muchas gracias.

Yeni Adán. Agradecemos nuevamente al doctor José Joaquín Brunner por esta excelente conferencia. A continuación, le entregaremos algunos ejemplares del libro «La idea de universidad: de la cátedra medieval al capitalismo académico», que recoge la conferencia que impartió con ocasión de la inauguración de la cátedra, en 2023, publicada por Ediciones Universidad de La Frontera en su colección Cuadernos Críticos de Comunicación. Hace la entrega el doctor Carlos del Valle Rojas, director del doctorado en comunicación de la Universidad de La Frontera. Con esto finalizamos esta actividad de inauguración del año académico de nuestro doctorado, en conjunto con la Universidad Austral de Chile. Muchas gracias a todas y todos por acompañarnos.

Transcripción:

Dr. Mauro Salazar J.

Coordinador de la Cátedra «José Joaquín Brunner: Economía Política de la Educación, la Cultura y la Comunicación»